

**PROVINCIA CHILENA
“ SAN GABRIEL ARCÁNGEL”
Avda. Matta 762 Casilla 3 Correo 3
SANTIAGO CHILE**



Agosto 2014

Muy queridas Hermanas de la Provincia chilena:

A las puertas de celebrar nuestro Capítulo General XXIII, llego a cada una de ustedes con mi cariñoso saludo, que lleva todo el gozo de esta nueva oportunidad de renovación y la esperanza de caminar con los y las jóvenes, haciendo de nuestras casas un lugar donde ellos puedan ser felices y encontrar al Señor que los ama y aprender también ellos a amarle.

Me ha dado mucha alegría y emoción revisar en su carta el itinerario de la apertura de las obras que el Señor fue suscitando en diferentes lugares de la Provincia.

Es sorprendente el Señor al demostrar cuánto nos quiere y cómo siempre quiere contar con nosotras, humildes servidoras, para que su Reino se extienda y llegue a todos los.

Es muy conocido por todas, que las cosas no fueron fáciles y que hubo que sortear variadas dificultades. Pero siempre estuvo la protección del Señor y de nuestra Madre Auxiliadora que nos alentaban a seguir caminando con alegría y más confianza.

Quiero recordarles un hecho de febrero de 1892 cuando tuvimos el consuelo de recibir la visita de Mons. Cagliero. Era la primera mitra que brillaba en el estrecho. Él iba a consagrar la Iglesia que había levantado, Dios sabe con cuántos sacrificios, Mons. Fagnano en Punta Arenas. Había varias autoridades de la zona, invitadas. Las pobres religiosas no tenían a mano otra cosa para ofrecer que un “dulce de cebollas”. ¡Tanta pobreza que reinaba en aquellas casas!

Desgraciadamente la Iglesia con tanta pompa y entusiasmo, debía durar bien poco. Cuatro meses después un incendio la reducía a cenizas.

Y en la primavera de ese año, otro siniestro: en la Isla Dawson ambas comunidades estuvieron quince días bajo la pesadilla de un incendio de bosques que avanzaba desolador hacia la Misión. Los misioneros y misioneras temblaban por sus vidas y las de aquel centenar de aborígenes que tenían con ellos. Pero la Divina Providencia envió la oportuna lluvia que acabó con el peligro.

En medio de la desazón causada por las desgracias, yo recibía consuelos inefables. En enero de 1893, como Uds. mencionan en su carta, pasaron para Santiago, un grupo de seis hermanas a fundar la casa de San Miguel. Fueron a visitar la casa de Punta Arenas que departieron con las misioneras el tiempo que les permitió la estadía del barco.

Otro consuelo hermoso, fue la vestición de Sor Ballester. Una de mis preocupaciones más grande desde mi llegada al Estrecho, fue la de cultivar las vocaciones, porque el Instituto, para hacer todo el bien que sus Fundadores deseaban, debía desarrollarse, progresar y renovarse. Y eso sería posible solamente si había buenas y abundantes vocaciones.

Entre las que encontramos estaban las hermanas Eufasia y Maximina Ballester. La primera entró como postulante en diciembre de 1891. Al año siguiente entró su hermana.

Así, entre penas y consuelos, entre lágrimas y sonrisas, proseguía la vida austera y

sacrificada de todas en las soledades sureñas. Había que lidiar también con las dificultades que nos presentaba el educar a las niñas y mujeres que no siempre era fácil.

Yo visitaba con frecuencia a mis hermanas, para acompañarlas y animarlas. Había notables progresos entre las alumnas y no eran pocas las asimilaban las enseñanzas que se les entregaban.

Pero estaba de Dios que la luz del Evangelio llegara también al norte del país por eso hacia fines de septiembre de 1892, con Sor Rosa Veneroni emprendimos el viaje a Santiago, la capital chilena, para conocerla y comprobar si había ambiente propicio para establecer la comunidad que se proyectaba.

Mons Fagnano, Inspector de Chile y Perú, me presentó a los principales bienhechores, entre los que destacaba Don Miguel León Prado, párroco que anhelaba tener a las Hijas de Don Bosco en su parroquia para que educaran a las hijas del pueblo.

En los 3 meses que estuve en Santiago, pudimos cimentar sólidamente la fundación de la Casa de San Miguel y conseguir una buena ayuda económica para nuestras hermanitas del sur.

No sin penas y dificultades, fuimos adelante abriendo las siguientes casas que Ustedes mencionan en su carta. Todo para dar gracias al Señor que se fija en el pobre para realizar obras grandes en bien de sus hijos.

Quisiera seguir contándoles todas las peripecias, alegrías y consuelos vividos, pero los dejaré para más adelante.

Por ahora, quiero invitarlas a que reaviven el ardor misionero que toda FMA tiene en su corazón para que seamos verdaderas discípulas del Maestro que tanto nos ama y confía en nosotras. Él cuenta con nosotras, seamos generosas en responder y no nos privemos del gozo que se siente cuando se entrega todo por amor.

Seguimos unidas en el Corazón de Jesús, como nos invitaba nuestra Santa Madre Mazzarello.

Hasta la próxima y confiando siempre en nuestra Madre y Maestra, Auxiliadora.

Vuestra Madre y hermana

Sor Angela Vallese